

Índice

Unas palabras al lector	2		
Introducción	2		
Capítulo I: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos			
	4		
Capítulo II: Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación			
	6		
Capítulo III: Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad			
	8		
Capítulo IV: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos			
	10		
Capítulo V: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia			
	12		
		Capítulo VI: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios	14
		Capítulo VII: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios	16
		Capítulo VIII: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos	18

Unas palabras al lector

Lector:

Las páginas que siguen contienen ocho mensajes y una pequeña introducción, basados todos ellos en las bienaventuranzas que encabezan el incomparable Sermón del Monte, pronunciado por Nuestro Señor Jesucristo. Estos mensajes fueron dados por los micrófonos de “La Voz Evangélica de Tángier”. Parece que hicieron bien a cuantos los oyeron y ello nos animó a darle forma más perdurable por medio de este pequeño librito.

El deseo de nuestro corazón es que haga tanto bien a los que lo lean como hizo a los que tuvieron la oportunidad de oírlos. Somos los primeros en reconocer sus muchos defectos y rogamus al lector los pase por alto.

Una advertencia más: no hemos escrito para filósofos, teólogos o literatos de renombre. Nuestra capacidad intelectual no nos permite hacerlo. Hemos tenido en cuenta, sobre todo, a las personas sencillas, y a sus corazones hemos procurado llegar por medio de la Palabra Santa de Dios.

“Al que está sentado en el Trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria y el poder, para siempre jamás” (Apocalipsis 5:13).

Introducción

Estimados radioyentes:

El mensaje de esta tarde será el primero que, Dios mediante, presentaremos en nuestro programa *Orientación Espiritual*. Dichos mensajes tratarán de un pequeño comentario a cada una de las bienaventuranzas, precedidos de la presente introducción que servirá de guía a los mensajes sucesivos. Aunque el contenido de las bienaventuranzas es único, pueden ser tratadas, sin embargo, desde distintos puntos de vista. Nosotros procuraremos interpretarlas adaptándolas casi en su entereza a los lectores que aún no poseen la seguridad de la salvación. Nuestro deseo es hacer llegar hasta ellos el mensaje de vida que las bienaventuranzas contienen. Si conseguimos nuestro propósito, aunque sólo sea en proporción limitada, nos daremos por satisfechos.

El texto completo que servirá de tema a nuestros mensajes, puede encontrarse en el capítulo cinco del Evangelio según San Mateo, comenzando desde el versículo 1 al 10. He lo aquí: “Y viendo las gentes, subió al monte; y sentándose, se llegaron a Él sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos”.

Es muy posible que el lector esté familiarizado con las bienaventuranzas desde aquellos días felices en que era un colegial estudioso. Pero también es posible— casi seguro— que nunca haya prestado a ellas la debida importancia que su elevado contenido requiere. El mensaje que Cristo dirige por medio de ellas en la actualidad es un mensaje tan real, tan efectivo y de tanto valor, como lo fue en aquellos tiempos para quienes, sentados sobre la hierba del monte en pleno contacto con la naturaleza, escucharon estas palabras de vida de los mismos labios del Maestro en la inauguración de su ministerio.

Para nosotros las bienaventuranzas contienen un mensaje triple: Despertar la conciencia de un pueblo que había caído en la indiferencia espiritual; mostrarles la nulidad de las obras como medio para alcanzar el reino de los cielos, y hacer llegar hasta ellos un mensaje de consuelo y esperanza. Este cometido lo cumplieron a la perfección entre las gentes de su tiempo y quieren cumplirlo hoy también. Quizás los pueblos necesiten hoy más que entonces el mensaje de las bienaventuranzas. Los sentimientos de amor y adoración hacia el Dios creador están bien dormidos en la conciencia humana. Dios está durmiendo el sueño de la muerte en el corazón del hombre moderno. Las bienaventuranzas pueden despertar en cada uno de nuestros oyentes esa convicción profunda de una pronta necesidad espiritual que le haga buscar a Dios con sinceridad de corazón.

Las bienaventuranzas llegan en estos días de confusión religiosa a mostrarnos el único y verdadero camino para alcanzar el reino de los cielos. Desde aquellos primitivos días en que fueron pronunciadas, hasta los nuestros, la religión cristiana ha venido paulatinamente dejando las enseñanzas de su divino Fundador y sustituyendo éstas por las tradiciones de los hombres. Un conocido expositor bíblico ha dicho lo siguiente: “Un pueblo será cristiano, en proporción directa a la atención que preste a las enseñanzas de Jesús tal como están en la Biblia” (Ellwood). Desgraciadamente para ellos, muchos pueblos que siguen llamándose cristianos en los días actuales, están bien lejos de seguir las instrucciones evangélicas. Pero las bienaventuranzas muestran a los individuos que componen esos pueblos en qué consiste la verdadera profesión religiosa; qué es lo que se requiere para alcanzar la salvación del alma y entrar en el reino de los cielos.

Las bienaventuranzas, hoy, lo mismo que entonces, tienen la virtud de encender la luz del consuelo y la esperanza en el corazón que sufre. Porque en todas las épocas han aliviado víctimas del dolor. Tal vez como consecuencia de dos grandes guerras mundiales en sólo medio siglo, el dolor se ve aumentado en nuestros días. Pero, amigo radioyente, para protegerte contra ese dolor, busca refugio seguro en las bienaventuranzas. Cuando sientas a tu alrededor las garras de la codicia, la avaricia, el materialismo grosero, oye a Cristo que te dice: «Bienaventurados los pobres». Cuando la risa satánica del mundo te haga enloquecer con su murmullo ensordecedor, oye la voz de Cristo decirte: «Bienaventurados los que lloran». Si la ira y la soberbia se destacan furiosas a tu alrededor, escucha la voz de Cristo: «Bienaventurados los mansos». Cuando veas a los hombres andando por los caminos torcidos de este mundo, busca tú la justicia y síguela; Cristo te dice: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia». Si los abusos y atropellos que se cometen en esta tierra te indignan, presta atención a las palabras de Cristo:

“Bienaventurados los misericordiosos. Cuando veas las pasiones de los hombres desbordarse en tropel a tu alrededor, oye a Cristo decirte: “Bienaventurados los de limpio corazón». En medio de las contradicciones y el desconcierto de los hombres por darte la paz, Cristo dice: «Bienaventurados los pacificadores». Si te sientes atropellado injustamente, ofendido y perseguido, oye de nuevo la voz de Cristo que te dice: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia».

Este es el mensaje de las bienaventuranzas. Es un mensaje de vida y paz. Pero como el espejo que no puede quitar las manchas de tu rostro aún sin mostrárselas, las bienaventuranzas nunca podrán quitar las manchas que el pecado deje en tu corazón, a menos que te laves en la sangre que vertió el Autor de ellas en la cruz del Calvario por salvarte de la condenación eterna. Siguiendo el mensaje de las bienaventuranzas, encontrarás a su divino Autor. Hallarlo a Él, es hallar la vida. ¡Que Dios te ilumine para que puedas hacerlo!

Capítulo I

«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»

La primera bienaventuranza que traemos a nuestra consideración dice textualmente: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Aparentemente existe contradicción en el texto, ya que una persona pobre en espíritu no puede ser bienaventurada; pero la idea aquí, no es de pobreza espiritual, puesto que los que son demasiado pobres espiritualmente y sólo viven para las cosas presentes, difícilmente entrarán en el reino de los cielos. Jesús concede la bienaventuranza a los espíritus humildes y quebrantados que reconocen la soberanía de Dios, y no a esos otros espíritus fuertes, orgullosos y altivos que niegan la existencia del Creador. Estamos acostumbrados a ver por todas partes hombres llenos de orgullo y soberbia, con sus mentes hinchadas de argumentos que a ellos les parecen razonables, negar la existencia del Ser Eterno, a quien adoramos con el nombre de Dios, y negar su intervención en los dominios de la naturaleza. Pero estos nunca serán bienaventurados. Aquellos otros que, con humildad de espíritu, reconocen que Dios es el Creador de todo lo existente y cumplen con sus mandamientos, éstos sí que son bienaventurados. Así nos lo expresa el mismo Dios por boca de su profeta: «Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová: mas a aquel miraré, porque es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra» (Isaías 66:2).

La Palabra de Dios es bien clara, mi estimado lector. Con tu espíritu en rebeldía, nunca serás bienaventurado ante los ojos de Dios. Posiblemente seas la admiración de tus amigos: tal vez te vanaglories de tus propias ideas; quizás te han aplaudido cuando ante los demás has afirmado con el mayor descanso que para ti Dios no existe: pero, hasta que depongas esa actitud rebelde y con humildad te allegues a Dios, no serás bienaventurado, «porque así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad

y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados» (Isaías 57:15).

Estamos viviendo en un mundo lleno de soberbia en el que cada cual quiere sobresalir por encima de los demás e implantar su voluntad en sus semejantes. Los días que estamos atravesando se caracterizan por la abierta oposición del hombre hacia las cosas de Dios. Aún aquellos que falsamente se llaman representantes de Cristo, los encontramos llenos de soberbia, orgullo, altivez y con los corazones llenos de una ambición que nos asquea. Pero, «no os engaños, Dios no puede ser burlado, que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará». Si queréis experimentar el amor y la bendición de Dios en vuestros corazones, tenéis que venir a Él con vuestros espíritus humillados. «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que Él os ensalce cuando fuere tiempo; porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (1ª de Pedro 5:5–6).

La parábola del Hijo Pródigo, nos presenta a un joven de espíritu altivo reclamando del padre la parte de la hacienda que le corresponde. Este joven quería marcharse lejos a vivir su vida, pero cuando vio su fracaso y se contempló rodeado de la miseria más degradante, volvió en sí y, con el espíritu quebrantado, regresó a la casa del padre, quien le recibió con los brazos abiertos. Ante los ojos de Dios este joven fue bienaventurado porque humilló su espíritu. «La soberbia del hombre le abate, pero al humilde de espíritu sustenta la honra» (Proverbios 29:23).

Sí, mi estimado lector. Dios quiere reinar en tu corazón, Dios quiere transformar tus sentimientos, Dios quiere darte una vida feliz y gozosa aquí y una vida eterna en el Cielo: en una palabra, Dios quiere salvarte. Pero, para ello, es preciso que tú vengas a Él con tu espíritu humillado y que abandones de una vez y para siempre la soberbia que anida en tu corazón. «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salvará a los contritos de espíritu» (Salmo 34:18).

Notemos que el texto nos dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu». Ya hemos dejado aclarado que estos pobres son aquellos que, con espíritu humilde, vienen a postrarse ante Dios. Pero hay otra clase de pobres, y éstos son los que carecen de lo preciso para vivir medianamente bien y, en cambio, tienen que gastar sus días trabajando para sostener a una familia más o menos numerosa. Son pobres, materialmente hablando; sin embargo, nos atrevemos a decir que esta clase de personas, en su mayoría, son pobres dos veces. Pobres, en el sentido que ya hemos dejado apuntado, y pobres porque, en medio de su pobreza, no vuelven sus ojos a Dios pidiéndole que mejore su situación económica. Algunos tienen la idea de que todos los componentes de esta clase social, tienen derecho a entrar en el reino de los cielos, simplemente

por el hecho de haber vivido en la tierra más humildemente que otros. Pero esto no es lo que dice Dios, «porque no hay diferencia... porque el mismo que es Señor de todos, rico es para con todos los que le invocan» (Romanos 10:12). «Que por Él, los unos y los otros tenemos entrada por un mismo espíritu al Padre» (Efesios 2:18). Ciertamente es que Jesús afirmó que los pobres precederían a los ricos en la entrada al Cielo, pero ello se debe a que el hombre de escasos recursos económicos tiene menos probabilidades que el hombre rico de enfangar su vida en el pecado. Este último, sin saber en qué gastar su dinero, cae más pronto en los lazos del diablo; mientras que el primero, ante la imposibilidad de frecuentar los antros de perdición, limita más su vida a la paz del hogar. Pero, ¡cuántos de estos pobres son orgullosos y altivos de espíritu!, ¡cuántos de estos hombres y mujeres viven en la más completa miseria porque, en medio de su pobreza, persisten en mantener una actitud rebelde y ofensiva hacia Dios! «Por cierto ellos son pobres, enloquecido han, pues no conocen el camino de Jehová, el juicio de su Dios» (Jeremías 5:4).

Estimado amigo, tal vez tú seas uno de estos hombres. Si es así, te ruego que mires a Dios y depongas esa actitud que a nada te conduce. Entonces Él te dirá: “Bienaventurados los pobres en espíritu”.

Pero hay otra clase de hombres que son ricos en dinero y en sabiduría y, no obstante, no son bienaventurados porque sus espíritus no se humillan ante Dios. Estos son los hombres que, cegados por el falso brillo de ese metal que han dado en llamar dinero, olvidan por completo las necesidades espirituales de sus almas. Creen poseerlo todo y, en la mayoría de los casos, tienen que llorar desesperados al ver como la felicidad se les escapa de sus manos repletas de monedas. En la iglesia de Laodicea existía esta clase de hombres. Jesús les amonesta: «Porque tú dices: Yo soy rico y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado, y miserable, y pobre, y ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17).

Si en verdad quieres ser feliz, has de oír los consejos de la Biblia. Únicamente podrás alcanzar la vida eterna humillándote en tu espíritu y así, paso a paso, dirígete hacia la cruz del Calvario, y allí, a los pies de Aquel cuyo rostro sangrante te mira con infinita ternura y compasión, dobléga tu corazón y pídele que te haga sencillo y humilde de espíritu. Entonces sí que serás bienaventurado delante de Dios. «El Señor manda a los ricos de este siglo que no sean altivos ni pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas sino en Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia de que gocemos» (1ª de Timoteo 6:10).

Algunos han pretendido que estos espíritus humildes sólo sirven para adorar a Dios y que son incapaces para enfrentarse con los problemas que los demás habitantes del planeta les crean.

Pero la historia se encarga de desmentir esta acusación. Necesitaríamos mucho papel y tiempo para demostrar que nuestro viejo mundo debe mucho a estos espíritus, sencillos y humildes, pero valientes y decididos. David Livingstone, el famoso misionero y explorador inglés que penetró en sus exploraciones donde ningún blanco lo había hecho antes, era uno de esos hombres humildes de espíritu cuando se postraba ante Dios, pero de una valentía poco imitada cuando trataba de afrontar los peligros de tierras inexploradas. Y si prosiguiéramos nuestra lista se haría interminable.

Tú, mi estimado lector, ahí mismo donde estás sentado, puedes ingresar en esta milicia cristiana, compuesta por todos los adoradores del Crucificado que un día nos encontraremos rodeando el excelso trono del Maestro para entonar un cántico de alabanza y gratitud al Cordero. Dobla tu rodilla ante Dios, ve a Él con tu espíritu quebrantado, y Él te dirá: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS».

Capítulo II

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación»

En este capítulo continuaremos con el estudio de la segunda bienaventuranza, “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación». No negamos que es algo muy asombroso y que conmueve nuestras almas ver la gran cantidad de lágrimas que en el mundo se derraman diariamente. Ante este gemir de la humanidad, ante este dolor que abate tanto y tantos corazones, nos preguntamos: ¿Es que todos los que derraman lágrimas son bienaventurados? ¿Todos ellos serán consolados? Hasta donde nuestra comprensión espiritual nos permite dogmatizar en asunto tan delicado, respondemos: no. Y para que nuestra afirmación tenga base bíblica, distinguiremos varias razones por las que los humanos lloran.

La primera causa por la cual llora nuestro mundo, es el dolor que cada día está echando raíces más profundas en las entrañas del universo. No ignoramos que al hablar de esta manera estamos pisando senderos cubiertos de espinas que, al menor descuido, podrían clavársenos a nosotros mismos. Sabemos muy bien que la culpa de este dolor se la achacan algunos hombres a Dios. Sobre nuestra mesa tenemos abierto un libro intitulado *El Dolor Universal*, obra del ateo Sebastián Fauré. Este escritor es de los que abundan en tal idea. Sus argumentos, que tienen más de agresividad que de veracidad, convencerían a cualquiera que no estuviera fundado en «la fe que fue dada una vez a los santos»; pero, para aquellos que tenemos a la Biblia como regla de nuestra fe y que cada día tomamos de ella el alimento espiritual para nuestras almas, no tienen valor alguno las falsas ideas de los que quieren culpar a Dios de lo que nosotros y sólo nosotros somos culpables.

Es cierto que el mal existe en el mundo, pero no es menos cierto que en la mayor parte de los casos se debe a que el hombre ha quebrantado las leyes puestas por el Autor del Universo. ¿Es Dios el culpable de que la ambición del hombre le lleve a inventar armas, con el fin de destruir

a sus semejantes e implantar sobre ellos un dominio absoluto y totalitario? ¿Tiene Dios la culpa de que el hombre esté desarrollando cada día más los instintos criminales que alberga en su interior y que constituyen un peligro para los demás? ¿Acaso podemos culpar a Dios de que nuestra ambición, nuestro orgullo, nuestra avaricia y nuestra soberbia nos lleven a desear lo que no nos pertenece y que, para obtenerlo, no dudemos en emplear cuantos medios estén a nuestro alcance, aunque estos medios sean después la causa de muchas lágrimas? No, Dios no tiene la culpa de este dolor; la culpa es del hombre y los que lloran y hacen llorar por medio de él nunca serán bienaventurados, nunca recibirán consolación.

Algunos de nuestros lectores objetarán: “Pero si Dios quisiera podría terminar con este dolor”. A esto respondemos: Dios no es un dictador, “Dios es amor”. Él no ha creado un ejército de autómatas. Él ha hecho un mundo repleto de hombres libres. La Palabra de Dios, la Santa Biblia, nos muestra como Dios ha querido y quiere hoy día guiar al hombre por el mejor camino; pero siempre el hijo de Adán se ha obstinado en desobedecer a Quien lo creó. Cuando el hombre tomó posesión de la tierra que Dios había creado para él, cuando empezó a hacerse fuerte en ella, se olvidó de las leyes del Creador y cada cual anduvo tras la vanidad de su propio pensamiento. Antes de que Dios exterminara a la raza antediluviana, nos dice la Biblia que Jehová miró hacia la tierra “y vio que la malicia de los hombres era mucha, y que todo designio de los pensamientos de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5). Y el hombre no ha cambiado, mi estimado amigo. Aquel hombre de tiempos remotos es el mismo que hoy te saluda por la calle, el mismo que, al vivir apartado de Dios, su conciencia no le reprocha los malos actos que comete y que hacen llorar a muchos. Salomón nos dice en los Proverbios: “Con el temor de Jehová se apartan del mal los pueblos” (Proverbios 16:6). Si en verdad queremos que el mal desaparezca de nuestro planeta, hemos de orar como el salmista: “Pon, oh Jehová, temor en ellos, conozcan las gentes que son no más que hombres” (Salmos 9:20).

Sí, mi estimado lector, el mundo sufre, el mundo padece; el mundo llora; pero éste no es el llanto de los bienaventurados, no es el llanto de los que serán consolados por el Señor, es el llanto del labrador que ha sembrado espinas y está recogiendo pinchazos. Dios nos lo dice claramente por medio del profeta Jeremías: «Oye tierra: He aquí yo traigo mal sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos; porque no escucharon a mis palabras y aborrecieron mi ley» (Jeremías 6:19).

Hemos reseñado brevemente una de las causas por las que el mundo llora, y hemos dicho que esta clase de llanto no recibirá consolación. Al hablar del “dolor universal” hemos

incluido toda clase de sufrimientos, pero queremos hacer resaltar otro llanto, cuyos motivos no fueron inspirados en la nobleza de los fines bíblicos que el Señor promete consolar. Este llanto es aquel que derrama el hombre cuando, después de gastar toda su vida en busca de la felicidad, llega a los momentos de su muerte sin haber conseguido su propósito, y, entonces, le vemos verter lágrimas, no de arrepentimiento, sino de desesperación al contemplar la magnitud de su fracaso. El doctor Walter Manuel Montaña, en su interesante libro *Cómo hallar la Felicidad*, nos presenta algunos testimonios de la clase de hombres que hemos citado. Betlex, el somero autor de *La Religión y las Ciencias Naturales*, cuenta lo siguiente. “Hace algunos años visitaba yo a un propietario amigo mío. No sé como acerté a hablarle del paraíso. Sonríome, y señalándome con el dedo, por la ventana abierta, su magnífica vista, me dijo: “¡He ahí mi paraíso!” El paisaje era, en efecto, encantador; jardines, viñas y prados, limitados por un marco de árboles frutales, descendían por suaves declives hasta la orilla de un cerúleo lago; a la otra orilla veíanse risueñas colinas, y por encima de todo, resplandecientes en el puro ambiente de los cielos, las nevadas cimas de los Alpes. Volví allí algunos años después. Seguía el lago sonriendo al sol y los árboles tan verdes como antes. Pero encontré a su propietario hundido en un sofá, triste y sombrío. Ante sus propios ojos habíasele ahogado su hijo amado en el lago, la mayor de sus hijas había hecho un enlace desgraciado, y él, atacado por una enfermedad incurable, se consumía lentamente. Su hija menor entró y le dijo: “Papá, voy a la ciudad en coche, ¿qué quieres que te traiga?” Respondió él apretando los dientes: “¡Una pistola!”. “Perdióse el vino –nos dice la Biblia–, enfermó la vid, GIMIERON TODOS LOS QUE ERAN ALEGRES DE CORAZÓN” (Isaías 24:7).

Este hombre lloraba en sus últimos días, pero eran lágrimas producidas por la desesperación y la impotencia ¡Cuántos y cuántos no han imitado su ejemplo! Pasaron los días buscando la alegría y la felicidad y han terminado confesándose vergonzosamente derrotados. “Aun en la risa tendrá dolor el corazón y el término de la alegría es congoja” (Proverbios 14:13).

Hubo un hombre que se consideraba feliz y proyectó terminar con el Cristianismo, pero al final de sus días, Voltaire –que es a quien nos referimos– exclamó: “Más me valdría no haber nacido”.

Rogelio Ibarreta, el popular autor de *La Religión al Alcance del Pueblo*, decía haber encontrado la felicidad “en la negación de toda religión positiva” y este hombre terminó amargamente sus días pegándose un tiro en el casino de Montecarlo. La Biblia dice: “La alegría de los

impíos es breve, y el gozo del hipócrita por un momento” (Job 20:5). Tampoco es, repetimos, esta clase de llanto la que el Señor promete consolar.

El llanto que el Señor consuela, es el llanto de aquellas mujeres que como Anna, madre de Samuel, van a la casa de Dios a derramar su corazón en ferviente y sincera oración ante el Todopoderoso.

El llanto que el Señor promete consolar es el de aquellos hombres que, imitando al Hijo Pródigo, se levantan de la miseria espiritual que les rodea y dejan escapar desde lo más hondo de sus pechos el grito: “¡Padre, he pecado contra el Cielo y contra Ti!”.

El llanto que el Señor dice consolar, es el de aquellas personas que, al igual que el Apóstol San Pablo, después de perseguir en vano la obra de Dios, caen de rodillas cautivados por la hermosura, la compasión y la infinita ternura que contemplan en el rostro de Cristo, y exclaman: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

Estimado lector: Cristo quiere consolar tu llanto. Pero este llanto tiene que salir de tu corazón arrepentido; tienes que venir a Dios tal cual eres, llorando por tus pecados y pidiéndole que te los perdone en el nombre de Cristo. Entonces Él te dirá: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”.

Y para terminar: El Señor promete consolar el llanto de su pueblo. Muchas lágrimas cuesta el mantener un testimonio cristiano en determinados países donde la intolerancia religiosa se hace una ley; pero, hermanos de todas partes, “tened paciencia hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo”. Aquel día terminarán los sufrimientos y el mismo Señor secará vuestras lágrimas. Sabed que nuestro y vuestro Dios, conoce vuestras luchas. Oíd la misma Palabra de Dios: «Y tornéme yo, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador» (Eclesiastés 4:1). Pero pronto llegará el día en que Él “destruirá la muerte para siempre: y enjugará el Señor toda lágrima de todos los rostros: y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra: porque Jehová lo ha dicho”. (Isaías 25:8). “Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes vivas de aguas y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7:17). Dios nos dirá en aquel día: “BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS RECIBIRÁN CONSOLACIÓN”.

Capítulo III

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

La bienaventuranza que nos toca meditar en este número, siguiendo el mismo orden en que están en la Biblia, dice, Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. Estas palabras de Cristo nos hacen el efecto de un pozo de fresca agua en medio del árido desierto. A esta humanidad corrompida por el pecado: al mundo que se revuelve agitado por el vendaval de sus propias pasiones; al universo que, cual bestia feroz, se embriaga con la sangre y el dolor de sus víctimas, Cristo les habla, y sus palabras son palabras de consuelo, palabras de aliento, palabras de vida: “Bienaventurados los mansos”.

Y quien habla de esta manera, tiene toda la autoridad para hacerlo. La mansedumbre es el emblema de Cristo; y noten que, intencionadamente, decimos de Cristo y no del cristianismo, porque entonces mentiríamos a sabiendas. Desgraciadamente, las tres grandes ramas derivadas del cristianismo distan mucho de caracterizarse por la mansedumbre de que tanto hizo gala el Señor Jesucristo. Pero no es nuestra intención, al escribir estos mensajes, atraer a nuestros lectores hacia una determinada religión, sino, simplemente, llevarlos hasta Aquél cuya gloria y poder para salvar están siendo ocultados precisamente por las religiones que los hombres tratan de seguir; de ahí que hagamos resaltar la mansedumbre del Hijo de Dios y no de religión alguna. Si tratáramos de hacer esto último, fracasaríamos en nuestro intento. Y decimos también que la mansedumbre es un emblema de Cristo, porque ningún otro fundador de religiones la ha poseído como Él. Actualmente sólo hay tres religiones a las que podríamos aplicar el calificativo de “religión universal”: el mahometanismo, con doscientos cuarenta millones de adeptos; el budismo, con ciento cuarenta millones, y el cristianismo, con quinientos cincuenta y siete millones de fieles. Pero si estudiamos la vida de sus tres fundadores, veremos en seguida que la vida mansa y humilde de Cristo, distó mucho de ser igualada por Buda o

Mahoma. No es nuestra intención el hacer un estudio de religiones comparadas, pero si lo hiciéramos con el deseo de escoger para nosotros cualquiera de estas tres religiones, tomando por ejemplo las vidas de sus fundadores, caeríamos humillados a los pies de Cristo, cautivados por su inigualada mansedumbre.

El profeta Isaías, setecientos años antes de Cristo, contemplando en toda su magnitud el drama del Calvario, escribió de Él con una exactitud profética que asombra: “Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7). He ahí lo que el profeta escribió acerca de su mansedumbre, y el mismo Señor Jesús clamaba ante las multitudes, diciendo: “Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29). Por eso, después, el apóstol San Pablo podía rogar a los corintios, apelando a la «mansedumbre y modestia de Cristo» (2ª de Corintios 10:1). Aquel que dijo «soy manso y humilde de corazón», tiene ahora toda la autoridad para prometer la tierra a los que imitasen su ejemplo. Cristo no exige imposibles; Él es el primero en dar ejemplo.

Pero, ¡qué contraste!, estimado lector, ofrece esta mansedumbre de Cristo con el espíritu cargado de soberbia y orgullo que respiramos en nuestro descenso hacia la ruina física, moral y espiritual. Pero la culpa de ello es que el hombre ha olvidado por completo la mansedumbre de Cristo, y nada hace por imitarla. Los maestros religiosos, contagiados con el espíritu de la época, están contribuyendo a «materializar» la religión, sin ocuparse para nada de predicar, y mucho menos imitar, esta mansedumbre que sus profesiones requieren. Los filósofos, imbuidos por sus propias ideas, tratan de trazar para sí mismos y para los demás, reglas morales que, a la postre vienen a resultar en un lamentable fracaso; pretenden guiar sus vidas por el camino del bien, pero se equivocan en la elección de este camino, ya que, todo lo que el hombre hace, lleva el sello del pecado. Los científicos, presentando a cada paso argumentos contradictorios, apartan a los pueblos de esta mansedumbre y humildad que salvaría al mundo, empleando además de su astucia para destruir, si pudieran, al Autor de ella. ¡Pobres hombres! En ocasiones nos los imaginamos como el árabe que estaba pegando tiros al cielo para matar al Dios de los cristianos. ¡No, Señor Jesús, los hombres no querrán imitar Tu mansedumbre, pero tampoco podrán arrebatarte el lugar que ocupas en millones de corazones!

Y la mansedumbre de Cristo contrasta, no solamente con las ideas y los ejemplos de los que guían a las masas, sino también con el sentir general del pueblo. Salid a la calle, recorred

durante horas y horas los lugares más frecuentados y los suburbios más apartados; en una de vuestras manos os sobrarán dedos para contar los hombres piadosos que halléis.

Pero en medio de esta atmósfera tan cargada de soberbia y orgullo, resuenan las palabras de Cristo como una música extraña en nuestros oídos: “Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad”. Si ahora el hombre quiere permanecer obstinado en seguir cerrando sus oídos y su corazón a la voz de Cristo, llegará el día en que no tendrá más remedio que escucharla. Dios dice por boca de su profeta: “Tu arrogancia te engañó y la soberbia de tu corazón, tú que habitas en cuevas de peñas. Que tienes la altura del monte: aunque alcas como águila tu nido, de allí te haré descender, dice Jehová” (Jeremías 49:16).

Sin embargo, no todo es corrupción, Aún hay cristianos sencillos que, por medio de una fe sincera en Dios y una conducta recta con sus semejantes, dan testimonio de que es posible alcanzar el grado de mansedumbre que Cristo quiere ver en los suyos. Estos son los bienaventurados: son “aquellos que están rendidos al Señor, quebrantados de espíritu, y tan lejos de la voluntad propia que Dios puede transformarlos según su santa voluntad”.

Tú puedes ser uno de estos hombres, estimado lector. Todo este mensaje es para ti. Ahí mismo donde estás, piensa en Dios, en tus pecados, en la muerte, en la eternidad, en el sacrificio de Cristo por salvarte; piensa en tu propia alma, y cuando te veas cual Dios te ve, abandona tus esfuerzos por salvarte, y échate en los brazos de Cristo. Dios quiere salvarte. El salmista dice: “Cuando te levantaste, oh Dios, al juicio para salvar a todos los mansos de la tierra” (Salmo 76:9). Tienes que venir a Él con mansedumbre, has de manifestarla con un corazón arrepentido y lleno de gratitud hacia Cristo. No te importe si ahora no le amas como tú quisieras. Cuando le conozcas mejor, le amarás más. Él va a ser tu abogado ante Dios, va a interceder por ti, pues es su misión. El profeta escribió de Él: “Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá por los mansos de la tierra” (Isaías 11:4).

Hablando de Moisés, dice la Biblia que era “muy manso”, y esta mansedumbre la demostró el legislador hebreo andando en los caminos y en el temor de Dios. Hubo otro hombre manso en el Nuevo Testamento: Cornelio. La Escritura dice que era “pío y temeroso de Dios”; pero, aún así, su alma no estaba salvada. El ángel que hablaba con él de parte de Dios, le dijo: “Envía pues ahora hombres a Joppe, y haz venir a un Simón que tiene por sobrenombre Pedro. El te dirá lo que te conviene hacer”. Y, efectivamente, San Pedro vino y le habló de Jesucristo; oigan lo que le dijo, entre otras cosas: “A Este dan testimonio todos los profetas, de que todos los que en Él creyeren recibirían perdón de pecados por su Nombre” (Hechos 10:43). He aquí un hombre

manso de corazón y sincero ante Dios que, aún obrando bien, estaba equivocado, por lo que obedeció con humildad cuando Dios le mostró el verdadero camino a seguir. ¿No quieres tú recibir el perdón de todos tus pecados? Ve a Cristo con humildad y mansedumbre, pero con decisión y arrepentimiento; entonces Él te dirá: “Bienaventurados los mansos”.

Y no queremos terminar nuestro estudio sin antes dejar aclarado el sentido de la última frase: “recibirán la tierra por heredad”. Naturalmente, esta frase parece tener un sentido figurado más que literal. En la primera bienaventuranza que consideramos, el Señor nos prometía el reino de los cielos si, para conseguirlo, estábamos dispuestos a renunciar a todo lo terrenal y pasajero: pero al prometer aquí la tierra a los mansos, se refiere a una tierra de promisión. Los judíos salieron de Egipto con la mirada puesta en la tierra prometida, y los cristianos atravesamos este valle de lágrimas con la mirada puesta en aquella otra tierra celestial que nuestro Dios nos tiene preparada; la tierra nueva que viera Juan en su visión de Patmos; la tierra donde mora la justicia, según San Pedro; la tierra que siempre permanecerá, empleando frase de Isaías; la tierra donde habrá abundancia de paz, según el salmista David. Si quieres gozar de las bendiciones de esa tierra, has de buscar a Dios con todo tu corazón. “Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, que pusisteis en obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; Quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová” (Sofonías 2:3).

Capítulo IV

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque ellos serán hartos”

En este cuarto capítulo, continuamos con el estudio de las bienaventuranzas. Nos toca meditar la cuarta, que dice: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos”. Este texto nos presenta al hombre que, por encima de todas las cosas, quiere hacer la voluntad de Dios, aunque para ello haya de sacrificar gozosamente todo lo demás. Las palabras “hambre y sed” muestran los deseos espirituales más profundos del alma humana que se siente insatisfecha después de haber bebido inútilmente en las cisternas rotas de este pobre mundo. La palabra “justicia” trae a nuestra mente la norma de vida que Dios ha trazado al hombre y aquella otra que el hombre se ha trazado a sí mismo despreciando la de Dios. De aquí que, al hablar de justicia, no podemos por menos que considerar en primer lugar la inutilidad de una justicia propia ante los ojos de Dios.

Dios le ha mostrado su justicia al hombre, y se la ha mostrado de una manera tan real, tan clara, tan palpable, que hasta los ciegos y sordos pueden verla y oírla. Pero la Biblia nos dice claramente, este hijo de Adán siempre se ha mostrado rebelde, y, en lugar de sujetarse a la justicia que Dios le marca, ha establecido una justicia propia que, naturalmente, no es la exigida por Dios.

El Señor Jesús nos presenta, por medio de la parábola, la arrogancia y audacia con que esta clase de hombres viene a justificarse ante los ojos de Dios. Y dijo también a unos que confiaban de sí como justos, y menospreciaban a los otros, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: El uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba consigo de esta manera: Dios, te doy gracias, que no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aún como este publicano: ayuno dos veces a la semana, doy diezmo de todo lo que poseo. Mas el publicano estando lejos no quería ni aún alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes

que el otro; porque cualquiera que se ensalza será humillado, y cualquiera que se humilla, será ensalzado” (Lucas 13:10–14).

He aquí un hombre que, sin duda alguna, conocía la justicia de Dios, ya que nos dice el texto que era “fariseo”, pero habíala abandonado para establecer la suya propia. Notemos en qué consistía esta justicia:

Lo primero que nos dice el texto es que confiaba en sí mismo. A este respecto dice el apóstol San Pablo: “Mas nosotros tuvimos en nosotros mismos respuesta de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que levanta los muertos” (2ª Corintios 1:9).

También dice que se consideraba justo, pero el lenguaje de la Biblia es: “No hay justo ni aún uno” (Romanos 2:10).

Este hombre en su justicia propia despreciaba a los demás, olvidando las palabras del Señor: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Él oraba en pie, lo que indicaba muy poco sentido de humildad, máxime si lo comparamos con el publicano que no osaba levantar sus ojos al cielo.

En las dos consideraciones que siguen, podemos ver el tipo perfecto del hombre que se justifica ante Dios por lo que es. Este hombre alababa su perfección de la siguiente manera: “No soy como los demás hombres, no soy adúltero, no robo, no soy injusto...” Pero sus mismas palabras le estaban condenando. El patriarca Job le diría: “Si yo me justificare, me condenará mi boca: si me dijere perfecto, esto me haría inicuo” (Job 9:20).

Y, finalmente, este hombre se jactaba de sus buenas obras, olvidando que Dios ya había dicho por boca del profeta Isaías: “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia” (Isaías 64:6).

He aquí, estimado lector, la justicia del hombre en oposición a la justicia de Dios. Este fariseo saldría del templo satisfecho de sí mismo, pero no justificado ante los ojos de Dios. Dice la Biblia, hablando de estos hombres: “Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Romanos 10:3).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”, dice el Señor Jesús, pero no de la justicia que tú mismo traces para andar por ella, o la que los hombres te marquen, sino la justicia tal y como se te presenta en las Sagradas Escrituras, “la justicia que es de Dios por la fe”.

Pero dejemos al hombre con su justicia que de nada vale ante los ojos de Dios, y hablemos de la justicia del Ser Eterno y Omnipotente que manda en la tierra y el cielo. La justicia de Dios,

este atributo esencial e infinito por medio del cual Dios muestra su perfección, omnipotencia y misericordia, es declarada por Moisés en las palabras que siguen: “Él es la Roca cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud: Dios de Verdad y ninguna iniquidad en Él. Es Justo y Recto” (Deuteronomio 32:4), y el salmista también ensalza la Justicia de Dios en su cántico: “Justicia y Juicio son el asiento de Tu Trono” (Salmo 89:14).

Sí, amigo, Dios es justo, y su justicia le llevó a dar leyes a los hombres para que se rigiesen por ellas. En la cúspide del monte Sinaí, Moisés recibió escritas en tablas de piedras, las leyes que Dios enviaba, no a un pueblo determinado, sino a la humanidad entera. Cuando Dios revelaba de esta manera sus leyes a los mortales, hacíalos responsables de su conducta, y huelga decir que los hombres nunca cumplieron estas leyes, poniéndose de esta manera todos bajo condenación, hasta tal punto que el apóstol San Pablo exclama: “Por las obras de ley ninguna persona se justificará delante de Él” (Romanos 3:20).

¿Te das cuenta de lo que esto significa, estimado lector? Tú tienes la ley de Dios, tú no cumples la ley de Dios, y, al no cumplir con lo que la ley te manda, estás bajo condenación. ¿Cómo, entonces te librarás de esta condenación? Eso es lo que debe interesarte. A la pregunta de Job: “¿Cómo, pues, se justificará el hombre con Dios?” (Job 25:4), responde San Pablo hablando de Jesucristo: “Y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en Este (Cristo), es justificado todo aquél que creyere” (Hechos 13:39). Y tal vez preguntes: “¿por qué en Cristo?” Déjame explicártelo por medio de una sencilla ilustración:

Estamos en un colegio donde hay alumnos de distintos caracteres y modos de pensar. Uno de estos alumnos tiene la idea de que el profesor ama a todos menos a él; idea completamente falsa. Como en todas las escuelas, en ésta rigen las leyes que el director instituyera al fundarla. Un día, este alumno rebelde comete un grave delito quebrantando el reglamento. El profesor se ve en un gran problema ¿Qué hacer? Si castiga a este muchacho con la severidad que requiere el caso, él se va a aferrar más en su idea de que el maestro no le ama. Por otro lado ha quebrantado las leyes. La cuestión se presenta un poco complicada. Por fin el profesor encuentra la solución; allí en la clase está también su hijo entre los demás alumnos: lo llama y, a la vista de todos, le dice: «Hijo, este joven ha quebrantado las leyes que rigen aquí y tiene que ser castigado. Yo no quiero infligirle castigo alguno porque piensa que no le amo, pero, al mismo tiempo, el reglamento no puede ser burlado. ¿Quieres tú sufrir el castigo que él merece?» «Sí, padre» responde el hijo, «estoy dispuesto a ser castigado en su lugar. Quiero demostrarle de esta manera tu amor y el mío». El padre toma al hijo y, en presencia de todos, lo castiga con la

dureza que corresponde al delito cometido. La ley quedaba cumplida, el inocente había sufrido por el culpable, pero éste nunca más podría dudar del amor del maestro hacia él.

¿Te das cuenta ahora, estimado lector, por qué sólo en Cristo puedes ser justificado? Tú has quebrantado las leyes de Dios, pero el castigo que tú mereces por este motivo, Dios lo ha cargado sobre su Hijo, haciéndole morir en la cruz del Calvario para mostrarte su Amor, y para que tú puedas ser justificado por medio de su Sangre. Ya nos dijo el profeta, hablando de Él: «Más Él, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz, sobre Él, y por su llama fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Hasta aquí hemos hablado de la justicia del hombre y de la Justicia de Dios. De la primera, dijimos que es inútil ante los ojos de Dios, y de la segunda, que Dios ha mostrado su justicia en Cristo. Pero nuestro texto nos dice que todos aquellos que aman y desean esta Justicia serán hartos. ¿De qué manera? Simplemente, creyendo. Creyendo que Cristo murió por tus pecados; creyendo que la sangre que él vertió en la cruz es suficiente para pagar el precio de tu salvación: creyendo que por fe, y sólo por fe, Dios puede justificarte en Cristo.

Dirás: “¿No hay alguna manera en que yo pueda ser justificado ante Dios? ¿Yo no puedo hacer obras buenas con la esperanza de alcanzar mi salvación? No, no hay nada que tú puedas hacer según la Biblia, sino creer en Cristo y aceptar tu salvación como un regalo que Dios te hace. Si crees otra cosa, estás equivocado; si otros te muestran un camino diferente al que la Biblia te enseña, te están engañando, a sabiendas o porque ellos mismos ignoran el verdadero camino. Vamos a terminar ahora nuestro pequeño comentario de la bienaventuranza citándote algunos versículos de las Escrituras Sagradas que te confirman lo que últimamente te acabamos de exponer:

Siendo justificados gratuitamente por su Gracia, por la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24).

Porque por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8–9).

Porque todo aquél que invocare el Nombre del Señor será salvo” (Romanos 10:13).

Capítulo V

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”

Siguiendo nuestro comentario de las bienaventuranzas, en este capítulo nos toca meditar la quinta que dice: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. La palabra “misericordia”, es una palabra tan generalizada, nos hallamos tan familiarizados con ella con la palabra— que, francamente, ya no nos atrae por su vulgaridad. Pero, por desgracia, esta palabra tan bien conocida y tan frecuentemente pronunciada, se halla en el corazón del hombre carente de su verdadero valor, porque el ser humano la ha desposeído de su alto atributo. En nuestros días, días de verdadero sueño espiritual, la misericordia está dormida en la conciencia de la humanidad. Ha llegado a ser algo así como un artículo de lujo y de valor tal, que sólo la poseen unos poquitos aunque a todos les guste pronunciarla y alardear de ella. La misericordia está vagando solitaria por los campos, porque no encuentra albergue en los corazones humanos. La misericordia yace perdida por los desiertos de este mundo, y el hombre nada hace por encontrarla. Pero, y sin que esto pueda parecer paradójico, Cristo quiere hacerla revivir en cada corazón humano; quiere vestir al hombre “de entrañas de misericordia” (Colosenses 3:12).

Al abordar este tema, estimado lector, hemos de distinguir dos clases de misericordia, como en nuestro último capítulo distinguíamos dos clases de justicia: la del hombre y la de Dios. La misericordia divina es aquella bondad de Dios manifestada a los pecadores por medio de su revelación en Cristo, armonizando con su justicia y su verdad tal como lo expresa el Salmista: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Salmo 85:10). La misericordia humana es, o debe ser, la reacción del alma agradecida que ha experimentado parcial o totalmente, los beneficios que la misericordia divina le imparte, sintiendo a su vez el deseo de ser misericordioso para con los demás, según mandamiento del Señor Jesús: “Sed pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36).

Y, tratando primeramente de la misericordia divina, ¡cuantas pruebas tenemos de ella! Parece incomprensible que el hombre pueda permanecer indiferente ante tantas demostraciones que Dios le ha dado de su amor y misericordia. Inútil sería buscar la manifestación de la misericordia de Dios aquí, allá o acullá. El Salmista dice: “De tu misericordia, oh Jehová, está llena la tierra” (Salmo 119:64). El universo entero con sus soles, sus lunas, sus montes y sus mares, hablan elocuentemente de la misericordia del Dios de amor que describe la Biblia. El azul cielo, tachonado de plateadas estrellas, proclama con su silencioso lenguaje la misericordia de Dios. El mundo que contemplamos lleno de vida y de poder, de movimiento y fortaleza, es testigo de la misericordia de Dios. Nuestra propia vida, sintiendo, amando, aborreciendo, admirando lo bello y despreciando lo feo y desagradable, da pruebas de la misericordia de Dios.

Pero la prueba más palpable que tenemos de la misericordia, es la revelación de Dios por medio de su Hijo Jesucristo. Cuando los cielos se abrieron dejándose oír el coro de voces angelicales que alababan al Padre por el nacimiento del Hijo, Dios daba al hombre la prueba más elocuente de su misericordia. Dios, dejando su morada en los cielos, bajaba a la tierra para enseñar al hombre el camino de justicia. Este es el gran misterio, como lo llama San Pablo. “Dios ha sido manifestado en carne” (1ª Timoteo 3:16), “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo a Sí, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación” (2ª Corintios 5:9).

Esta es la misericordia de Dios. En el Antiguo Pacto, Dios trata con el hombre; en el Nuevo, se revela al hombre por medio de su Hijo Jesucristo, y, más tarde, por medio del Santo Espíritu, obra en el hombre. ¿Qué más podéis pedir a Dios, oh vosotros los mortales? “¿Qué más se había de hacer a mi viña que yo no haya hecho en ella? (Isaías 5:4), os pregunta el mismo Dios. Se os ha dado la Trinidad entera y aún os atrevéis a dudar de la misericordia de Dios.

Sin embargo, la misericordia divina aún no ha terminado. No puede terminar, porque ella es eterna. “Mas con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo tu Redentor Jehová” (Isaías 54:8). Esto te demuestra, estimado lector, que Dios todavía te compadece y te ama. Aunque tú no lo creas, es precisamente la causa de su amor y misericordia, lo que le hace paciente. El hombre podrá burlarse cuanto quiera del amor de Dios, pero no podrá eludir el día del “justo juicio de Dios”. Aunque parezca que tarda la llegada de tal día tan terrible para muchos, el motivo es que nuestro Dios es un Dios de misericordia que no quiere la muerte del pecador. Bien lo dice el profeta Jeremías: “Es por la misericordia de Jehová que no somos consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias: nuevas son cada mañana” (Lamentaciones 3:22).

Y hablemos por un momento de la misericordia del hombre. Hablemos si podemos, si es que el hombre tiene misericordia, si es que nos atrevemos a encontrar una gotita de misericordia en el seco corazón humano. Porque misericordia no son buenos pensamientos: misericordia no es profesar una religión: misericordia no es una manifestación teórica de nuestra creencia en Dios; misericordia no es llevar una cruz colgada sobre nuestros pechos o atada al cordón de un hábito de cualquier color; misericordia no es hacer una oración diaria; misericordia no es vivir una vida más o menos moral; misericordia no es un comportamiento ejemplar en la sociedad o en nuestros hogares. Misericordia es ese amor que brota desinteresado del corazón regenerado que ha experimentado la gracia de Dios, y quiere responderle aliviando en lo posible los dolores del mal que sufre. «De gracia recibisteis, dad de gracia» (Mateo 10:8). La misericordia humana solo puede mostrarse por el servicio abnegado a los demás. La mejor manera en que podemos mostrar nuestra gratitud y amor a Dios es en hacer bien a los seres que Él ha creado, y el mejor bien que podemos hacer a esas criaturas es llevarlas al conocimiento de la salvación.

En la actualidad la misericordia está siendo sustituida por las modernas teorías científicas, contradictorias entre sí, por las múltiples divagaciones filosóficas, por el crudo y escéptico racionalismo y por los nuevos “ismos” religiosos que introducen al hombre en una verdadera encrucijada, haciéndole cada vez más difícil encontrar el camino recto de la verdad. Hasta los falsamente llamados representantes de Cristo, están olvidando esta virtud tan necesaria para el desempeño del ministerio que ejercitan. Los fariseos de los tiempos de Cristo también adolecían de este mal y el Señor Jesús les apostrofó: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas: porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejasteis lo que es lo más grave de la ley, es a saber, el juicio y la MISERICORDIA y la fe. Esto era menester hacer, y no dejar lo otro» (Mateo 23:23). «Andad pues, y aprended qué cosa es: Misericordia quiero y no sacrificio» (Mateo 9:13).

Pero, ¿cómo y cuándo podremos obrar de esa manera? Solamente cuando hayamos experimentado en nuestras propias vidas la misericordia de Dios. La misericordia de Dios, añadimos, que no consiste en ritos ceremoniosos ni en prácticas externas y ritualistas, ordenadas por instituciones humanas creadas con fines ambiciosos y lucrativos más que espirituales. La misericordia de Dios que es y da vida: esa es la que tú, caro lector, necesitas. Cuando los hombres inicuos levantaron en el Gólgota la cruz fatídica, no pendían de ella las bases para una nueva religión. Colgaba el cuerpo de una Persona, la vida de una Vida. La misericordia de Dios te daba esta vida para que, en virtud de ella, tú pudieses demandar el perdón de tus pecados. De ahí la necesidad de dar a los hombres, no una religión sino una vida, que es al fin y al cabo lo que se

nos dio a nosotros. Pero sabido es que no podemos dar lo que no poseemos: y el mundo no podrá darte vida porque él mismo no la tiene. Es un paralítico espiritual; viviendo está muerto. Nosotros predicadores del Evangelio de Cristo, declaramos con la mano puesta sobre nuestras conciencias y con el pecho henchido de gozo, que hemos hallado esa vida en el Cristo vivo, y por ello la predicamos para que tú también puedas poseerla. Hemos reconocido la misericordia de Dios y, aunque la nuestra es muy imperfecta, impotente, queremos usarla contigo llevándote hasta Aquel que es todo amor.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”. Sólo hay una manera, estimado lector, en que tú puedas alcanzar misericordia: aceptando el don de Dios, el regalo de la salvación que Él te ofrece en Cristo. Una vez que estés en la gracia, libre de los perjuicios y condenación de la ley, podrás ser misericordioso llevando a otros al camino que Dios ha trazado para que andemos en él. Cuando de esta manera uses la misericordia para con tus semejantes, entonces serás bienaventurado ante los ojos de Dios y disfrutarás de las misericordias que Él concede a los suyos durante el tiempo de su peregrinación por este llamado “valle de lágrimas”. Otra vez dice el Apóstol que Dios “es rico en misericordia” y el Salmista agrega que “la misericordia de Dios es continua” (Efesios 2:4 y Salmo 52:1).

Capítulo VI

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”

Si importantes han sido los temas hasta aquí expuestos en nuestro comentario de las bienaventuranzas, el de este capítulo, creemos honradamente que supera a todos. Las palabras sobre las que se va a basar nuestra meditación, dicen textualmente: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”.

Nos parece atrevimiento mayúsculo repetir en nuestros días esa gran declaración de Cristo. Su contenido encierra un ideal demasiado elevado para ser comprendido y, mucho menos, aceptado. Tal vez, si dijésemos: “Bienaventurados los de sucio corazón”, reflejaríamos con más exactitud el verdadero espíritu que caracteriza a la humanidad de nuestros días y lograríamos mayor número de seguidores. Porque el ser limpio de corazón en medio de tanta suciedad, es algo tan difícil de conseguir como difícil será la entrada en el reino de los cielos a los que no se laven de su inmundicia. Las palabras del Evangelio, que Pablo calificó de “locura” para los que se pierden, se convierten en locura mayor en el presente caso. ¡Proclamar la bienaventuranza de ser limpio de corazón al mundo que, arrastrado por el grosero materialismo, emplea los medios más depravados para conseguir el vil metal con que acumular más ignominia sobre su persona! ¡Proclamar la bienaventuranza de ser limpio de corazón al mundo de costumbres y de ideas corrompidas! ¡Proclamar la bienaventuranza de ser limpio de corazón al universo que, cual corcel dislocado, corre desenfrenado por los caminos del vicio y la sensualidad! ¡Proclamar la bienaventuranza de ser limpio de corazón a ese hombre que está usando su mismo corazón como depósito donde almacenar las pasiones de que está llena su vida! Sin embargo, esto es lo que Cristo dice y lo que Él quiere; que cada hombre, incluyéndote a ti, estimado lector, tenga un corazón limpio.

Y antes de avanzar más en nuestro estudio, hemos de preguntarnos: ¿Qué es el corazón del hombre? Científicamente analizado, el corazón está considerado como el centro de la vida

por sus grandes troncos arteriales que distribuyen la sangre por todo el cuerpo. Pero no es la definición científica la que más nos interesa en estos momentos. Para cumplir con el objetivo que perseguimos con estos mensajes, hemos de concederle prioridad, sobre todas las demás a la definición que la Biblia, Palabra infalible de Dios, hace del corazón humano. Esta enseña claramente que el corazón es, además de lo que la ciencia dice ser, el centro de todas las pasiones humanas, el lugar donde el hombre perverso maquina todas sus maldades. Y, por muy disparatado que esto pueda parecer a los amigos que lo leen, hemos de decir que, aún estando en nuestro cuerpo, no somos nosotros mismos quienes gobernamos en el corazón que legítimamente nos pertenece. No, el corazón del hombre está considerado como un trono, y solamente hay dos reyes que pueden gobernar en él; Satanás, rey de las tinieblas y de la maldad, o Cristo, rey del bien y de la justicia. San Pedro confirma la primera verdad expuesta cuando dice al mentiroso Ananías: «¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?» (Hechos 5:3). La segunda verdad la declara San Pedro cuando, escribiendo a los Efesios, les pide: «Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones.» (Efesios 3:17). Estos dos poderes espirituales antagónicos aspiran constantemente a tomar posesión del corazón humano. Ambos usan sus métodos favoritos: Satanás presenta al hombre los placeres temporales, la vida de pecado y de libertinaje, el vicio y la maldad; Cristo le ofrece su gracia, su amor, su perdón y su cuerpo lacerado como expiación por el pecado. Desgraciadamente, en su ceguera, los hombres se están dejando influenciar por las tentadoras ofertas del primero y a él abren la puerta del corazón.

Pero aún hay más: si la anterior definición es exacta, a la pregunta “¿qué es el corazón humano?” responde el Señor Jesús más concretamente lo que sigue: “De dentro del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades, de dentro salen, y contaminan al hombre.” (Marcos 7:20–23). Comentando este pasaje, dice el Obispo Anglicano Ryle: «Comprendamos bien, al leer estas palabras, que nuestro Señor está hablando del corazón humano en general. No se refiere tan sólo al libertino conocido ni al criminal que está en una cárcel. Habla del género humano. Todos nosotros, nobles o pecheros, ricos o pobres, amos o siervos, viejos o jóvenes, sabios o ignorantes, todos por naturaleza tenemos el corazón que Jesús describe en este pasaje. Las simientes de todos los males que aquí se mencionan, yacen escondidas en nuestro interior. Quizás permanezcan inertes toda nuestra vida, quizás el miedo de las consecuencias, las restricciones de la opinión pública, el temor de la publicidad, el deseo de parecer respetables, y, sobre todo, la gracia omnipotente de

Dios, las ahoguen y las contengan en su desarrollo, Pero todo hombre lleva en sí la raíz de todos los pecados”.

Ahora, conociendo el corazón del hombre, comprendemos mejor lo lejos que éste se halla de la limpieza interior. La bienaventuranza de ser limpio de corazón, después de haber visto el análisis divino sobre la pecaminosidad humana, se nos antoja tan difícil de escalar como el pico de una elevada montaña. Pero es preciso hacerlo para conseguir la entrada en el reino de Dios. La naturaleza del hombre, muerto en pecados y delitos, exige la regeneración total del individuo y la transformación de Su corazón. En su estado natural, jamás el hombre logrará gozar de la comunión con Dios en el más allá. Es preciso que haya por su parte “una purificación del pecado del hombre viejo, y una unión espiritual con Dios”. La Naturaleza de Dios, Quien es tres veces santo, hace necesaria la regeneración. Entre la santidad de Dios y el pecado del hombre, no hay comunión posible. El mandamiento bíblico es: “Sed santos porque yo soy santo.” Ninguna relación puede haber entre el Dios santo y el pecador, a menos que éste abandone el pecado apartándolo de su corazón. Y la misma naturaleza del cielo, libre de las impurezas humanas, reclama la regeneración como condición indispensable para habitar en sus moradas. El hombre nunca conseguirá entrar en el cielo con el corazón cargado de maldad. Afortunadamente para los escogidos, allí no habrá ni un solo corazón que no haya sido lavado por la Sangre de Cristo. Hablando de la Santa Ciudad, dice San Juan en su visión de Patmos: «No entrará jamás en ella ninguna cosa inmunda, ni quien haga abominación ni diga mentira. Sino solamente aquellos que estén escritos en el libro de la vida del Cordero. Excluidos están los perros, y los hechiceros, y los fornicarios, y los homicidas, y los idólatras, y cada uno que ama y obra mentira.» (Apocalipsis 21:27; 22:15 V.M.).

Resumiendo: la regeneración es de importancia capital si se quiere ver a Dios. Ahora bien, ¿quién puede cambiar el corazón del hombre? Desde luego, no el mismo hombre, ni ninguno de sus iguales. Entre otras razones, porque desconoce por completo lo que hay en su interior. Sólo Dios puede traspasar, con su escrutadora y penetrante mirada, la materia de que está compuesto nuestro cuerpo para dejar al descubierto las llagas del alma. Otra vez dice la Biblia: “Jehová mira no lo que el hombre mira; pues que el hombre mira lo que está delante de sus ojos, mas Jehová mira el corazón.» (1º Samuel 16:7). En nuestras conversaciones con los demás, frecuentemente aparentamos una pureza de corazón que estamos bien lejos de poseer, y nadie descubre nuestro engaño. El filósofo Solón dice, y es bien cierto, que “a menudo el odio se disfraza con una careta sonriente y la lengua se expresa en tono amistoso, mientras el corazón está lleno de hiel”. Pero

con Jesús no podemos adoptar la misma equivocada táctica, porque Él sabe mejor que nosotros mismos lo que hay en nuestro corazón. A Él no podemos engañarle. A la falsa insinuación de la mujer Samaritana, cuando le dijo: “no tengo marido”, Cristo le respondió, descubriendo en ella un corazón cargado de pecados: “Bien has dicho, no tengo marido porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido.” Durante el transcurso de la última cena, cuando Jesús anunció claramente a sus discípulos que uno de ellos le había de entregar, todos comenzaron a alarmarse y a preguntar: “¿Soy yo, Señor?” Judas, el que le entregó, preguntó también: “¿Soy yo, Maestro?”, y Jesús, conociendo la traición que se encerraba en aquel cobarde corazón, le respondió: “Tú lo has dicho”. Cristo sabía lo que pasaba por el corazón de la Samaritana, por el corazón de Judas, y sabe lo que pasa por el tuyo, estimado lector.

Conociendo ya el estado de tu corazón no regenerado, reconociendo la imperiosa necesidad de lavarle de la inmundicia y el pecado, sabiendo quien puede hacer esto con eficacia y seguridad, sólo resta que, sinceramente, te dirijas a Él con humildad en demanda de la gracia divina que puede darte un nuevo corazón. Como dice un conocido expositor bíblico: “no le será posible a las manos presentar una víctima para el altar; no le será posible a los pies acudir al sitio designado para el culto; pero el corazón puede encaminarse a Dios. Sí, el pobre corazón desgarrado, aplastado, contrito, puede dirigirse directamente a Dios. Y Dios, en la profundidad de su misericordia, puede salir a su encuentro, vendar sus heridas y llenarlo hasta rebosar con el rico confortamiento y consuelo de su amor, y el rico goce de su salvación.”

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios,» afirmó Jesús. Y nosotros añadimos: Bienaventurados los que se allegan a Dios, porque ellos serán limpios de corazón. ¿No quieres ser tú uno de estos bienaventurados? Si no sabes cómo allegarte a Dios, póstrate de rodillas en la soledad de tu habitación y repite la confesión del Salmista; “Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí.” (Salmo 51).

Capítulo VII

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Este es el texto de la penúltima bienaventuranza que consideramos. A semejanza de las anteriores, su contenido encierra un cálido mensaje de dicha y prosperidad. Cuando Cristo habla, el corazón humano queda extasiado ante la hermosura de Su pensamiento y la nobleza de Su corazón. Como dijera un personaje italiano, «la elocuencia de Jesús es la serenidad de lo sublime. Ninguna de sus palabras, después de veinte siglos, ha envejecido. Todas son naturales y profundas. Todas penetran las almas inquietas en las que hacen nacer el consuelo o el arrepentimiento.» (Salvatore di Giacomo). Las palabras de Cristo se presentan con una fuerza arrolladora de verdades inmovibles. Los pacificadores, los que cumplen con el sagrado ministerio de promover la paz entre el hombre y Dios, entre la carne y el espíritu, serán los únicos bienaventurados en el reino de los cielos. Pero nadie puede conseguir esta bienaventuranza, si antes no ha experimentado en sí mismo la paz que proporciona la limpieza de corazón y la seguridad de la salvación. Los hijos de Dios, los que disfrutan ya de la paz que la muerte de Cristo concede al alma, son los verdaderos bienaventurados y únicos capaces de promover la paz entre sus semejantes.

Este tema de hoy, estimado lector, el tema de la paz, nos introduce en un vasto campo de amplísimas ideas. Es el tema de la actualidad. En el momento de redactar estas líneas, cuatro hombres a los que se ha dado en llamar “los cuatro grandes”, están ocupados en su segundo día de conversaciones en la Sede de las Naciones Unidas en Ginebra, con el fin de buscar un alivio a la actual tensión mundial y encontrar el camino de la paz y la tranquilidad. Los esfuerzos de unos y otros por llegar a una inteligente y leal colaboración, precedida de firme y mutua comprensión, nos muestran la importancia del fin que persiguen. Y es que, el verdadero secreto de la felicidad consiste exclusivamente en la paz. La paz del cuerpo y la paz del alma. En estos trágicos días

llenos de angustia y zozobra, cuando vivimos en constante tensión por la cargada atmósfera que produce la llamada “Guerra fría” que el día menos pensado puede convertirse en “guerra caliente”, del corazón de la humanidad sale un grito desgarrador pidiendo la paz anhelada. Es el sueño dorado de los que se han visto frente a la muerte en los campos de batalla; es el sincero deseo de todos cuantos han experimentado las calamidades de la guerra; es el suspiro que brota de los pechos maternos que para siempre perdieron a sus hijos queridos en los fragores de la lucha; es el clamor del mundo que se arrastra, cual reptil herido, bajo las convulsiones de la miseria.

Un antiguo escritor español, Francisco de Quevedo, escribió acerca de ella lo que sigue: “Es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo. Que desciende de él, se ve en los ángeles que bajaron del cielo a publicarla en la tierra a los hombres. Estos en paz, imitan vidas de ángeles; la tierra pacífica, estado de bienaventuranza. Tan apetecible es la paz, que siendo tan detestable la guerra, se debe hacer por adquirir paz en la religión, en la conciencia y en la libertad justificada de la patria. Luego de encomiar la paz con las palabras citadas, el ilustre clásico quiere advertirnos contra los peligros de una paz fingida, y agrega: “Hay paz del mundo y paz de Dios”; por eso dijo Cristo: “Mi paz os doy, no como el mundo la da”. En el mundo se usa mucha paz de Judas, enmascarada con el beso de su boca. Las señas de ésta, son, que se padece y no se goza; que se ofrece y no se da.”

Cuando Cristo dijo: “Bienaventurados los pacificadores” no se refería en modo alguno a los que ofrecen esa paz falsa; a los que cómodamente sentados tras las mesas de discusiones adornan las páginas de los diarios con el falso brillo de la mentira, anunciando una pronta paz, mientras que, secretamente, se preparan para la guerra. No es esa la paz que el corazón dolorido necesita. La paz verdadera, la que logra llenar de gozo continuo nuestra existencia no puede ser proporcionada por el hombre. No se consigue empleando medios humanos para hallarla. Resulta paradójico el que, los que pretenden encontrar la paz por medio de conversaciones asistan a esas reuniones fuertemente custodiados y protegidos por guardaespaldas armados. Las conferencias desarrolladas en un clima de completa desconfianza y temores, nunca podrán traer la paz al mundo. No pueden dar paz los hombres que viven en constante excitación, los que llevan en sus corazones el germen de la intranquilidad y la preocupación. En ocasiones nos imaginamos a estos hombres queriendo tapar las heridas que la infelicidad les abre en el alma, con la falsa careta del payaso que hace reír a otros mientras él mismo llora fracasado en su intento de hallar la paz y la felicidad. Como dice el Salmista, “hablan paz con su prójimo, y la maldad está en su

corazón” (Salmo 28:3), “mentira habla cada uno con su prójimo, con labios lisonjeros, con corazón doble hablan.” (Salmo 12:2).

Según una investigación oficial llevada a cabo por la UNESCO, nueve millones setecientas mil personas perecieron en la Primera Guerra Mundial desde 1914 al 18. La Segunda Guerra Mundial produjo cincuenta y cuatro millones ochocientos mil cadáveres. Además, hubo cerca de tres millones de desaparecidos, a los cuales se puede dar por muertos; o sea, sesenta y cuatro millones y medio de víctimas de dos guerras en el siglo que más se ha hablado de la paz, y más se ha trabajado por ella. Y aún nos quedan cuarenta y tres años para finalizar el siglo. Resultan catastróficas esas elevadas cifras que tan elocuentemente hablan de los resultados negativos en la lucha por la paz. Aquí nos complacemos en ver el cumplimiento de la profecía bíblica que dice: “No hay paz para los malos” (Isaías 48:22). No puede haberla para el mundo que se arrastra por la corriente de la maldad, pretendiendo buscar la paz en sus corrompidas y malsanas aguas.

Tal vez pensará nuestro amigo que esto lee: “¿Es que estamos condenados a vivir sin paz en este mundo de Dios?” Respondemos que no. No hemos dicho que no pueda haber paz en la tierra. Repetimos que la paz existe, pero no allí donde se busca. La paz que todo hombre necesita y que puede hacer valientes pacificadores, es la que proviene directamente de Dios. La que Isaías compara a un claro río que recoge las aguas de arriba, del cielo, para luego hermostrar la tierra. La paz verdadera es la que desciende como divina bendición desde el trono de Dios. La paz que da Cristo Jesús, ésa es la que el mundo necesita. El Cristo de Dios a Quien el profeta llamó 600 años antes de su nacimiento “Príncipe de Paz”, el mismo que pone la corona de la bienaventuranza en torno a la cabeza de los pacificadores, es el único que puede garantizarnos la verdadera paz. El que no se engaña en lo que ofrece, ni quiere engañar, El solo Autor de la Paz. Cuando nació, los ángeles trajeron al mundo un mensaje de paz al exclamar: “Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz”. (Lucas 2:14) Al nacer el Niño Jesús, nació con Él la paz que inundaría el mundo, llenando de felicidad los corazones desgraciados. San Pedro dice que Dios envió Su palabra anunciando la paz por Jesucristo. (Hechos 10:36) El gran apóstol de los gentiles, San Pablo, quien dijo que “a paz nos llamó Dios”, (1ª Corintios 7:15) afirma en otro lugar hablando de Cristo: «Porque Él es nuestra paz... Vino y anunció la paz a los que estaban lejos y a los que estaban cerca.” (Efesios 2:12–18).

El mismo Señor Jesús, haciéndose cargo de la confusión que llegaría a dominar las mentes y corazones de los dirigentes humanos en sus intentos de encontrar la paz, exclamó con palabras que debieran esculpirse en letras de oro en la fachada principal del palacio ginebrino: “La paz os

dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy. Estas cosas os he hablado para que en Mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción mas confiad, yo he vencido al mundo.” (Juan 14:27; 16:33). “Cristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos”, y sus palabras no cambian. Como afirma San Pedro, es el único que tiene palabras de vida eterna. Su paz promete eternidad de vida a cuantos la poseen. No es una paz en teoría. No es la paz del charlatán que habla sin poder luego responder a sus palabras. Es una paz que puede ser hecha realidad en cada ser humano en los presentes días de aguda crisis mundial. Ninguna otra persona debajo del cielo ha podido ni podrá hablar jamás con tanta seguridad y firmeza. Cristo lo hace, y cumple Su promesa. Él promete la paz y la da gratuitamente a todos cuantos la deseen. Rafael Barbiera sabía esto bien cuando escribió en 1928 lo que sigue: “¡Cuántos siglos fueron precisos para que el mundo oyese la palabra de Jesús sobre la montaña!...” Y cuántos, cuántos siglos transcurrirán sin que otras palabras puedan, no digo igualar, sino que ni siquiera aproximarse a aquellas... jamás oirá el mundo otras iguales, este mundo misérrimo, átomo perdido en el infinito, que jamás fue digno ni lo será, pues la huella ensangrentada de Caín lo mancha y lo manchará siempre.

Es preciso en estos días de loco nerviosismo, apartar las miradas de los hombres y fijarlas absolutamente, confiadamente, en Cristo. El profeta Isaías en su extraordinaria y sublime visión del Crucificado, revela que todo el castigo que exigían nuestras vidas pecaminosas para la obtención de la paz celestial, cayó sobre Él, sobre Jesús, para que en Él tengamos paz. Nadie, aparte de Cristo, podrá guiar al mundo por los senderos de la paz y de la justicia. Es necesario dirigirse a Jesús y pedirle con aquella ilustre dama: “Quería que Tú solo guiases todo el mundo, porque solamente siguiéndote a Ti, los hombres pueden comprender lo que es amor.” (María Melote)... “y la paz”, añadimos nosotros. O, como dijera el autor de *El genio del Cristianismo*, el famoso Conde de Chateaubriand, en su lecho de muerte: “Tú eres verdaderamente el Cristo, hijo de Dios, Tú sólo puedes salvar al mundo; nadie logrará jamás desestronizarte.”

Estimado lector, Orientación espiritual termina así nuestra meditación de este capítulo. En el próximo daremos otro breve estudio sobre la última de las ocho bienaventuranzas que nos propusimos meditar juntos. Antes de terminar queremos añadirte unas palabras más: La bienaventuranza que Cristo te ofrece hoy, nunca, nunca podrás conseguirla a menos que seas un verdadero pacificador, mostrando a los hombres el medio de reconciliarse con Dios por la cruz de Cristo. Pero no puedes ejercer este ministerio sagrado, si tú mismo no posees la paz que la reconciliación otorga. Sólo podrás obtener esa paz cuando hayas pasado de tu estado actual de “criatura de Dios” al de “hijo de Dios”; cuando por la fe, hayas aceptado a Cristo en tu corazón,

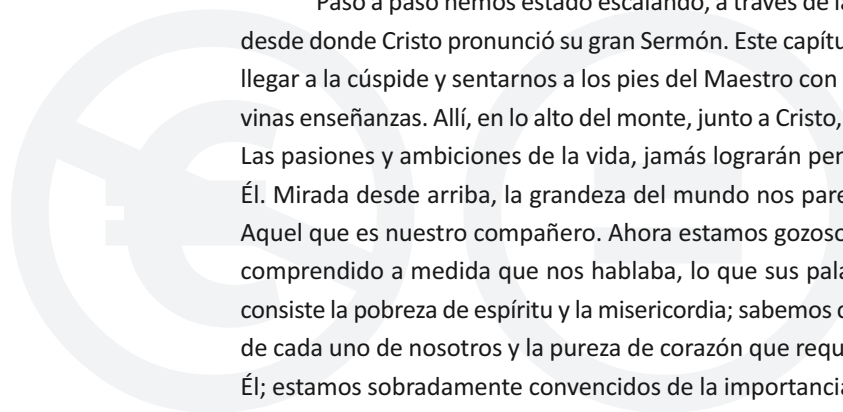
pidiéndole el perdón de todos tus pecados y reconociéndolo como único Señor y Salvador de tu vida. “A todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en Su nombre” (Juan 1:12).

Capítulo VIII

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”

Paso a paso hemos estado escalando, a través de las bienaventuranzas, la cima del monte desde donde Cristo pronunció su gran Sermón. Este capítulo con el estudio del último, nos parece llegar a la cúspide y sentarnos a los pies del Maestro con nuestro corazón agradecido por sus divinas enseñanzas. Allí, en lo alto del monte, junto a Cristo, las miserias del mundo no nos asustan. Las pasiones y ambiciones de la vida, jamás lograrán penetrar en nuestro corazón que ya es de Él. Mirada desde arriba, la grandeza del mundo nos parece insignificante comparada con la de Aquel que es nuestro compañero. Ahora estamos gozosos de haber escuchado a Cristo. Hemos comprendido a medida que nos hablaba, lo que sus palabras significaban. Sabemos ya en qué consiste la pobreza de espíritu y la misericordia; sabemos cual es la clase de justicia que Él reclama de cada uno de nosotros y la pureza de corazón que requiere para vivir en íntima comunión con Él; estamos sobradamente convencidos de la importancia de la mansedumbre para entrar en el reino de los cielos, y perfectamente confiados al creer que Él limpiará toda lágrima de nuestros ojos, siendo el Consolador de nuestro llanto. Nos ha mostrado donde y como conseguir la anhelada paz por la que el mundo lucha.

Pero hoy, nos pide algo nuevo. Es una demanda completamente distinta a las anteriores. Ya no se trata de nuestro corazón pecador, puesto que se lo hemos ofrecido y ¡ojalá muchos de los que esto leéis lo hayáis hecho ya!—. Ahora quiere que le sigamos por la senda del sufrimiento. Reclama de cada uno de los que esto estáis leyendo una sincera abnegación; una entrega total, imitando Su vida tantas veces incomprendida; un seguimiento desinteresado, cargando tras Él con la cruz del vituperio, del desprecio y de la incomprensión del mundo. Es la última bienaventuranza que, cual corona de laurel, coloca el mismo Señor Jesús en las sienes de sus compañeros de tribulación; de los que padecen la tribulación por amor de Su nombre. He aquí el texto: “Bien-



aventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos”.

Las dos religiones más grandes que el mundo conoce en la actualidad: el Cristianismo y el Islam, han sido fundadas con sangre; pero un abismo inconmensurable las separa. Una nació muriendo, mientras que la otra lo hizo matando. El Islam alcanzó grandes y rápidos triunfos debido al enardecimiento de los seguidores de Mahoma que, sable en mano, sometían a los pueblos por la fuerza de la espada. El Cristianismo, desde que su Fundador regara con Su propia Sangre la cima del Gólgota, ha venido dejando tras Sí una huella de sangre a través de los siglos: de sangre derramada por Sus seguidores en defensa de la fe cristiana. Cuantas persecuciones han tenido que sufrir los verdaderos cristianos a causa de la justicia de los hombres mejor cabría decir “injusticia” en todas las épocas, sólo Dios lo sabe. Pero, ya lo dejó dicho el Maestro: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán: si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra”. Y anteriormente declaró los motivos de tal persecución cuando afirmó: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas porque no soy del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo”. (Juan 15:19–20).

Y, por muy disparatado que esto pueda parecer al oyente incrédulo, la persecución e incluso la muerte, es motivo de gozo para el fiel seguidor de Cristo. Ellas sirven para identificarnos más con el divino Redentor, para templar nuestra fe en el yunque del dolor, para acrisolar nuestro carácter en la escuela del sufrimiento. Sabemos que, “si somos muertos con Él, también viviremos con Él: si sufrimos, también reinaremos con Él.” (2ª Timoteo 2:11–12). Como afirma San Pedro: “para esto sois llamados; pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas.” (1ª Pedro 2:21). Todas estas y otras muchas declaraciones de las Santas Escrituras, apropiadas por la fe en nuestros corazones, nos hacen despreciar las persecuciones, compadeciéndonos de nuestros adversarios y marchando valiente y firmemente a enfrentarnos con la muerte por Cristo. Y no hay fanatismo en nuestra actitud. Es la convicción profunda que la fe en un Salvador personal produce en el creyente. Es una fe que llena de gozo los pechos y que asombra a los perseguidores. Millares de cristianos han ido a la hoguera o a las fieras con la felicidad dibujada en sus rostros.

Y como para muestra un botón, traemos aquí el testimonio del anciano Ignacio de Antioquía, quien sufrió el martirio en el año 106 siendo de edad bastante avanzada. Las palabras que reproducimos, pronunciadas cuando el noble mártir se acercaba ya al final de su viaje y presentía la muerte en las garras de las fieras, nos muestran hasta la saciedad el gozo que produce en un

seguidor de Cristo derramar su sangre por el Maestro: “Dejadme ser pasto de las fieras por las cuales se alcanza a mi Dios. Trigo soy del Señor, y en los dientes de las fieras debo ser molido para convertirme en pan purísimo de Cristo. Acariciaré más bien a las fieras para que sean pronto mi sepulcro, y nada dejen de mi cuerpo... Discípulo seré de Jesucristo desde que no vea el mundo mi cuerpo... ¡Oh, vengan ya esas fieras que me están preparadas en Roma! ¡Ojalá se abalancen cuanto antes! Y yo las halagaré para que me devoren pronto, y no me respeten como a otros. Pero si ellas se resisten y no quieren, yo las instigaré y violentaré”.

Ése es el proceder del cristiano convencido de su fe; proceder lleno de valentía, decisión, firmeza. Es la seguridad del mártir plenamente convencido de lo que cree, que afronta todos los peligros con la sonrisa a flor de labios. Como los primeros discípulos de Cristo, los creyentes verdaderos de todos los tiempos se sienten “gozosos de ser tenidos por dignos de padecer afrenta por el Nombre.” (Hechos 5:41).

Pero nadie piense que los sufrimientos e incluso la muerte de que nos habla el Señor Jesús en el Nuevo Testamento, son necesarios para alcanzar la salvación. En modo alguno. Son más bien una consecuencia de haberla obtenido. El cristiano está llamado a sufrir, pero no debe ser el suyo un sufrimiento premeditado con el fin de agradar a Dios. En tal caso, todos los padecimientos serían nulos en cuanto al objeto perseguido, y aún condenables, entre otras razones por cuanto la Biblia enseña que el cuerpo del hombre “renacido” es templo del Espíritu Santo, y nadie, ni la propia persona, tiene derecho a profanar la habitación de Dios; antes bien, es su deber cuidarla: “Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” (1ª Corintios 3:17).

Desgraciadamente, por algunas instituciones religiosas que pretenden ser las únicas depositarias de la verdad cristiana, se ha venido dando una interpretación torcida al sufrir por amor de Cristo. Contra lo que la Biblia dice, han venido enseñando a sus seguidores que sufrir por Cristo contribuye a alcanzar la salvación del alma. Esta falsa doctrina ha dado lugar a que muchos laceren voluntariamente sus cuerpos, sometiéndolos a horribles tormentos para sentirse más cerca de Dios. Y nada más repugnante que esto. Si el fin que persiguen es imitar los sufrimientos de Cristo, han de saber que Cristo no padeció voluntariamente, en el sentido estricto de la palabra. Sus sufrimientos estaban ordenados desde antes de la fundación del mundo y eran indispensables para la salvación del pecador. Pero Él mismo rogó al Padre. “Si es posible pase de mí este vaso.” La voluntad de Dios era que apurara el vaso, y Cristo la cumplió. Pero esto nada tiene que ver con los que se atan a la cintura un cordón de espinas, o andan kilómetros de rodillas o

se flagelan las espaldas. De esta manera no se consigue la bienaventuranza. Esto no es padecer por causa de la justicia. Dios abomina tales sacrificios como lo dice en Su Palabra: “¿Para qué a mí, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios?” (Isaías 1:11); “Misericordia quiero y no sacrificios.” (Mateo 9:13); “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado” (Salmo 51:7).

Finalmente, terminaremos diciendo que los padecimientos por los que el cristiano ha de pasar en el mundo sembrado de injusticia, constituyen un poderoso testimonio de la fe y la esperanza cristiana. Aunque pretendamos vivir en el siglo de las luces, lo cierto es que la oscuridad más densa de la intolerancia se cierne sobre muchos pueblos, sembrando el terror con su negro manto de persecución. En los días presentes muchos cristianos siguen padeciendo a causa de la injusticia humana y, en ocasiones, llega al máximo grado el desarrollo de las persecuciones culminando en trágicas matanzas. Podríamos citar entre otros países a Colombia, Méjico y España en menor escala. Pero tales persecuciones no logran desconcertar, ni mucho menos atemorizar, a los que no conceden ningún valor a la materia que perece, antes están certísimos de que el alma continuará existiendo junto al Señor en el más allá. Tal esperanza es la que infunde un valor temerario en estas víctimas de la injusticia al tiempo que deja asombrados y confundidos a sus verdugos. “Sus enemigos, en todos los tiempos, se maravillaban sobremanera de la paz del alma, del valor, del júbilo, y en algunos casos hasta el éxtasis, que demostraban esos mártires al sufrir malos tratos durante meses enteros, tormentos repetidas veces, y al final la muerte más cruel. “¡Estamos vencidos!”, exclamó un procónsul romano, cuando vio que torturas y martirios no le arrancaron ni un suspiro a un joven. “¡Victoria, victoria y triunfo!”, gritó desde las llamas B. Bartoccio en Roma (1564). Y, “¡Oh dulce fuego, grata llama!”, exclamó Antonio Aldevin en Cremona. “Yo conozco a los Hugonotes”, decía el sombrío intendente Barille a un juez, “con ningún martirio le va a arrancar usted una retractación o una palabra de queja”. Y con rostro radiante de alegría celestial, el predicador Brousson, condenado por él, subió los escalones del cadalso. El verdugo, empero, confesó después: “Yo he ejecutado a muchas personas, pero en ninguna ejecución he temblado tanto como en la del Señor Brousson”. “¡Confianza, hermanos, confianza!” fueron las últimas palabras que se escucharon desde las llamas entre las cuales pereció quemado Martialis Alba con cuatro amigos en la “place de erroux” de la ciudad de Lyon, en el año 1533 (F. Betex).

Y esa confianza inquebrantable en las promesas divinas que aseguraban “no temáis a los que maten el cuerpo, mas el alma no pueden matar” (Mateo 10:28), era la que llenaba de valor y esperanza a los cristianos perseguidos, y sigue llenándolos en el día de hoy y lo hará mientras

haya persecución. A través de los fuertes vientos de persecuciones desencadenados contra los cristianos, se ha venido oyendo la voz consoladora del Maestro, que dice: “No temas lo que vas a padecer... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (Apocalipsis 2:10 V.M.) Salomón, en una admirable visión, contempla las injusticias que se cometen debajo del sol. El fuerte avasallando al débil y sin que nadie salga en defensa de éste. Tal es la situación actual de miles de cristianos en muchas partes del globo. Pero, como consuelo a sus aflicciones, lleguen hasta ellos las palabras del divino Redentor: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” (Mateo 5:10–12).